

Pequeña biografía

del primer Almirante de Castilla

Es doloroso que conociendo al dedillo la vida y milagros de los ídolos de momento, que, como las rosas que cantó el poeta, «son a la mañana y no queda a la tarde ni siquiera su recuerdo», no sepamos apenas nada de aquellos hombres que forjaron nuestra historia.

Tal vez no hemos sabido presentar sus vidas con aquel ropaje gráfico y literario que las haga asequibles y atractivas a nuestra juventud, pues es evidente que el hombre y todavía más el joven, necesita una idea, que se torne incluso mito, para dar una razón de ser a su vida. Si este ideal se fragua con ideas averiadas, o lo que es peor aún, se construye con vacíos o negaciones y tiene por pedestal la crítica amarga y destructora, no nos asombremos el que haya tantos desfasados y entregados al mundo morbosos de las drogas y de la libre moral, o que traten de buscar lo que no hemos sabido darles, en la ética roja de Mao. Ya se dio cuenta de esto Krishna Menon, cuando al hablar de Stalin y de su culto, afirma que el hombre siente necesidad imperiosa de venerar algo y que esto lo conocía bien el zar rojo y supo explotarlo hábilmente.

Nos urge, pues, esta tarea espléndida de actualizar nuestra rica tradición, sacando, como el mercader del Evangelio, nuevas riquezas del cobre antiguo de nuestra historia. En ese cofre maravilloso de nuestro pasado, vamos a buscar los preciosos pergaminos miniados de las gestas del primer Almirante. Y sin hacer mucho caso de la deliciosa leyenda del valiente Ocón Bonifaz, fundador del linaje, que fue senador romano y virrey de Africa, venciendo a los vándalos, a los que expulsó de Es-

paña, librando a nuestra tierra de gente bárbara y extranjera, nas ceñiremos a su vida real, más atrayente que su propia leyenda.

Don Ramón Bonifaz era primo de la segunda esposa del Rey San Fernando, doña Juana, hija del conde Simón de Poitiers, Putiérrez, como lo leemos castellanizado en los documentos de la época.

Vino a España acompañando a la futura reina desde Montpellier y se quedó ya para siempre en Castilla al servicio de San Fernando y se afincó en Burgos. Esto nos dicen los cartularios del 16 y del 17 y lo confirma la concordia entre los deudos de su linaje, hecha en Burgos en 1527. Y parece probarlo el testamento que, estando enfermo, hizo en Baeza en 1246. Sin embargo, en el mismo testamento pide ser sepultado en Burgos, donde fallecieron sus padres Simón Bonifacio y doña Berenguela Putiérrez.

Lo cierto es que le unió una estrecha amistad con San Fernando: por parte del Rey, constante aprecio de su lealtad y excelentes cualidades, y por el Almirante, veneración y amor por el Santo Rey. Este conocía bien a don Ramón y sabía que podía contar con su valor y prudente veneración, que le hacía ser medurado y seguro en sus decisiones; y a fe que necesitaba de todo ello en la difícil empresa de la conquista de Sevilla.

Encontrándose en Jaén y tras estudiar y sopesar las dificultades de tamaña tarea, le encargó don Fernando que preparase las naves que pudiera en Vizcaya, y así lo hizo trayendo las galeras y sus tripulantes, que tan decisivo papel jugaron en la toma de la bella ciudad hispalense. Y aquí verificamos una constante histórica: en toda gran empresa castellana está presente Vasconia; feliz coincidencia que hace más entrañable la unidad de las tierras y de los hombres de España en un común destino.

Conocemos la gran defensa que tenían los sitiados, rodeados por tierra de fuerte muralla y siendo imposible forzarla por el Guadalquivir, cuyo cauce estaba aprisionado de una orilla a otra, por la gran cadena que pasaba de la Torre de Oro a Triana y que estaba eslabonada con grandes maderos.

Cuando don Ramón regresaba con sus naves fue sorprendido por treinta navíos enemigos procedentes de Ceuta, Tánger y Sevilla y por su hijo Pero Bonifaz pidió ayuda al Rey, que por carta le anima y le asegura su ayuda, prometiéndole

salir al día siguiente con su tropa de Alcalá del Río y le ruega que confíe en la Virgen.

Pero antes de que llegara por tierra esa ayuda del Rey, se vio forzado a repeler la acometida enemiga y con sus trece galeras combatió furiosamente, derrotando a las naos moras.

Con este motivo, el Almirante escribe gozoso a su hijo don Luis, comunicándole la buena nueva y mandando que acudiese al Real con los caballos que pudiere y que en casa tomase todo el dinero que había, para sufragar los gastos de la guerra.

En llegando el Rey se aparejaron las naves que mandaba Bonifaz y era tan grande la lluvia de flechas lanzadas por los moros que no se veía. En tanto que don Fernando hacía oración fervorosamente, rogando a Dios por su pueblo, levantose un ábrego muy recio, que hinchando las velas y empujándolas con fuerza hizo que la nave capitana rompiese con la acometida la cadena y bogase río arriba derribando una parte del puente, que era de madera. Viendo los moros que su gran defensa, que creían invulnerable, había fallado, se desmoralizaron y pidieron al Rey siete días para deliberar las condiciones de la rendición, entregando finalmente la ciudad el 23 de noviembre de 1248. Había durado su cerco dieciséis meses.

Sevilla apareció refulgente como rico anillo ceñido al Guadalquivir, delante de los ojos de aquellos guerreros que bajaban de las tierras de la meseta, austeras y duras. Debieron quedar deslumbrados por su belleza fascinadora y sentir algo semejante a la emoción impar que, siglos más tarde, sentirían los conquistadores ante las tierras vírgenes que aparecían tentadoras ante ellos. Realmente debieron contemplarla como a una hurí del paraíso largamente codiciada.

El ejército cristiano se sentía eufórico, lleno de intensa alegría.

Con la cadena se labraron las rejas de la Catedral de Sevilla y las estacas se conservaron durante mucho tiempo en lo que fueron en principio las Tercias y luego la Armería.

Entre los despojos que repartió Fernando III entre sus soldados, correspondió al Almirante un alfanje del Rey moro de Sevilla, que todavía en el siglo XVII lo conservaba en su casa don Luis Bonifaz de Tovar y le concedió también el señorío de Villaveta, que fue realengo, en la Merindad de Castrojeriz y otras varias villas en el Campo de Muñó. Concedióle también el título de Almirante, voz árábica equivalente a gran capitán de

la mar y la jurisdicción que le es propia y que viene fijada en las Partidas: Ley III, título 24 y 26; Ley 74, título 9, de la II Partida. Estos privilegios que le concedió el Rey, se conservaban en sus originales en el Archivo de Simancas, parte del cual fue quemado por los comuneros.

Pero no terminaron con la conquista de Sevilla sus hazañas, pues derrotó y apresó varias veces a naos enemigas, haciendo en uno de estos combates prisionero al hijo del Rey moro de Córdoba y a dos hijas de Ameth de Granada.

Estuvo casado cuatro veces: con doña Andrea de Grimalde, de noble casa genovesa, con la que tuvo tres hijas, a las cuales dejó la herencia de Montepelusano (Montpellier). De la segunda esposa, doña Luisa de Velasco y Gormaz, tuvo a don Pedro, don Luis y doña Andrea, que era dama de la Reina, heredando el mayor la Torre de Miraflores y sus juros, don Luis la hacienda de Baeza y doña Andrea 50.000 maravedises que tenía de juro en Burgos.

Casó tercera vez con doña Tarasia Arias de Fenejosa, de la cual no sabemos que tuviera hijos, pero sí los tuvo de su última esposa, perteneciente a la noble casa de Sarracín y entre ellos repartió los bienes de Burgos y la casa y tierras de Jaén.

Lo hizo prudentemente, pues quedaron todos satisfechos, lo cual es bien difícil entre tantos hijos y de madres distintas. Pero distintivo de este linaje fue la estrecha y cordial unión entre sus deudos, que se reunían en ocasiones solemnes y firmaron la famosa concordia de Burgos en 1523 y volvieron a confirmarla en Madrid en 1662.

El escudo de los Bonifaz está formado por tres cabezas de mancebos, tres flores de lis, escaques en campo colorado y fuera sobre el escudo, a partir de la conquista de Sevilla, cuatro a modo de banderas moras y unas saetas y debajo y también fuera de él, cuatro áncoras. Rodea al escudo una cadena partida en dos trozos.

Fue enterrado en San Francisco, convento extramuros de Burgos, que fundó don Ramón cuando lo bajaron del alto de San Miguel, después ermita, a donde posteriormente estuvo, en la que primitivamente fue capilla mayor y con las sucesivas reformas lateral del Evangelio. El epitafio rezaba así: «Aquí yace don Ramón Bonifaz, primer Almirante de Castilla, que ganó a Sevilla».

Visitando la Reina Católica el convento, mandó corregir

esta leyenda en la forma siguiente: «Que fue en ganar a Sevilla con el Rey don Fernando».

Doña Isabel, que era de ánimo varonil y esforzado, sentía una íntima admiración por la figura del gran Almirante y pronunció ante su tumba el más hermoso elogio que pudiera soñar don Ramón Bonifaz: «Que era un buen caballero, muy honrado e leal», y que repararía con creces la desidia y el abandono que tejieron la cortina del olvido que nos oculta su gloriosa memoria.

DOCUMENTOS QUE HACEN REFERENCIA AL PRIMER ALMIRANTE

1.º — Escritura prometiendo defender los bienes y ganados del Monasterio de la Cogolla, por amor del Señor San Millán, de su abad y de sus frailes, el uno de septiembre, era MCCLXXVIII (año 1240). Testigos las Reinas doña Juana y doña Bereguela, el maestro Mathe, rcediano de Briviesca y Pedro Fortún de Rojas y Martín Morán. Se encontraba el original en el archivo del Monasterio de San Millán, con un sello redondo en el cual se leía: Sello de don Ramón Bonifaz; llevaba grabadas tres flores de lis y escaques.

2.º — Testamento que estando enfermo otorgó ante Martín Pascual, escribano de Baeza, en 1246. Archivo de Simancas y copias en los legajos de Bonifaz en Frias y Baeza.

3.º — Escritura de venta de don Pedro Fernández y su mujer doña Guiomar que venden la heredad de Ribas, al mayor-domo de la Reina doña Berenguela, don García Fernández y a su mujer doña María Arias de Fenejosa. Firma como testigo Ramón Bonifaz. Fecha, febrero, era MCCLXVI (año 1228). Archivo de Villamayor de los Montes, legajo número 20. De esta escritura sacó copia en 1663 don Antonio Lupián de Zapata.

4.º — Litigio entre un abad del Monasterio de Arlanza y el Arcediano de Lara, don Pedro González, sobre las décimas de Villanueva. Aparece como testigo don Ramón Bonifaz. Se encontraba en el Archivo de San Pedro de Arlanza, cajón letra L, número 687. Fue numerado y catalogado por el ya citado don Antonio Lupián de Zapata.

5.º — Escriturad e cambio entre el Convento de Cardeña y don Ramón Bonifaz, escrita por el monje Paulo; fecha 14 de abril de 1243. Tombo de Cardeña, folio 103, leg. 2.

6.º — Obituario del Real Monasterio de la Victoria, próximo a Aranda de Duero; se hace memoria de un nieto del Almirante: «Obit pater Augustinus Bonifaz magister in Sacra Theologia abbas huius ecclesiae rector Salamantinus decimosexto kalendas octobris».

Jesusa DE IRAZOLA